

tiene a su nombre propio la Bananera? Esa región no nos pertenece. Lo que debió ser reserva de la nación es feudo de la rapacidad extranjera.

¡Y tener que darnos cuenta de que es por esa rapacidad por la que abogan en el país tanto criollo de alto y de bajo copete! Quieren el derrumbamiento de la ley bananera para descuajar esos bos-

ques y plantar bananos. Durarán esos cultivos un cuarto de siglo con provecho exclusivo de la Bananera. Terminado ese ciclo fatal volverán los augures de entonces a pedir nuevas concesiones para que la industria bananera no se arruine. ¿Qué dará ya la generación de víboras a que le toque corear los beneficios de la Bananera?

Juan del Camino

Cartago y abril del 30.

El destino de los Libertadores

=De Las mejores páginas de Manuel Ugarte. Casa Editorial ARALUCE. Barcelona.=

HAY hombres que son para su raza como los ríos, que sirven de venas a la tierra y animan el paisaje inmóvil: la vitalidad, la iniciativa, el genio que traen, fecunda vastas extensiones, acorta distancias y valoriza la palpitación de un pueblo. Bolívar y San Martín pertenecieron a esa categoría. En el movimiento de la emancipación americana, cuando todos los factores de la inmovilidad se oponían a la necesaria metamorfosis, su audacia triunfal puso en movimiento las energías latentes. Les debemos todos tanto, que casi no hay palabras para expresar la gratitud. Sin embargo, al evocar su acción, encontramos que mayores que sus proezas fueron sus desengaños.

Al retirarse, vencido y abandonado por sus amigos, Bolívar dice en una proclama: «Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, bajaré tranquilo al sepulcro». Y en estas sencillas palabras, está acaso la filosofía final y la síntesis de lo que fueron, de norte a sur, las saturnales del desorden, desde el primer grito de independencia hasta la caída de los grandes caudillos. El contenido moral de esa frase abarca todas las perspectivas de la ebullición atormentada que disgregó las fuerzas de las antiguas colonias hasta llegar, sacrificando los ideales de los iniciadores del movimiento, a la organización fragmentaria.

Los primeros apóstoles del separatismo habían pecado acaso dos veces por exceso de lirismo. Al dejarse fascinar por los sistemas políticos, relegando a segundo término la situación económica y las perspectivas reales de esos virreynatos, desde el punto de vista de la capacidad financiera y la posibilidad de bastarse a sí mismos. Y al ignorar, o al no medir en toda su importancia, el alcance de los apoyos extranjeros que favorecieron la insurrección. Pero análogas imprevisiones se hallan en el origen de todos los movimientos y en la hora en que se produjo la revolución no revistieron la importancia que han venido a cobrar después. Teniendo en cuenta la riqueza de la América hispana, y el estado de la política mundial, la concepción inicial era perfectamente razonable y factible en todas las zonas. Lo que vino a perturbar las legítimas esperanzas y las primeras inducciones fué el carácter rea-

cio y levantisco de la masa que se trataba de exaltar.

Si establecemos un paralelo entre la acción revolucionaria de las colonias inglesas y la acción revolucionaria de las colonias españolas, encontramos de un lado la solidaridad y la disciplina, del otro la anarquía y la desunión; de un lado la concepción racial, del otro la preocupación local; allá la previsora inquietud del porvenir, aquí la aturrida avidez del presente. Mientras las colonias inglesas afianzan su vida y se aprestan a ejercer una acción mundial, las colonias españolas se agotan en luchas estériles y olvidan todo anhelo superior.

Pocos héroes presentan tantas garantías de desinterés como Bolívar. Su fortuna personal y la consideración de que goza dentro de la colonia le ponen a cubierto de toda sospecha. Se lanza a la fabulosa aventura guiado por un lirismo que emana a la vez de la Revolución Francesa, de la emancipación norte americana, y de una cultura griega y latina, exaltada por una reciente visita al Acrópolis. En su corazón hay un poco del puritanismo filosófico del siglo XVIII, y un dejo de la grandeza napoleónica. Quiere fundar un gran estado moderno. Sueña ser el Washington del sur. Sabe que su aspiración no es aventurada, porque tiene la conciencia de su mérito y la visión de las posibilidades históricas. Trae fe en su estrella y en el porvenir del Continente. Al servicio de su sueño pone tesoros de habilidad y de energía. Sin embargo, hay algo que falla. No es el obrero. No es el útil. Es la materia sobre la cual se opera. No porque sea ésta inadecuada o inferior, que en parecida zona y momento pocos pueblos ofrecieron mejores disposiciones en la *élite* y en la masa. No por incomprensiva tampoco. No por hostil puesto que, a pesar de ciertas resistencias momentáneas, el Libertador coincidía con la aspiración fervorosa del conjunto. Pero en el ambiente anárquico, la coincidencia no suponía adhesión, la comprensión no significaba apoyo, la gratitud no importaba respeto.

A nuestra América le faltó la sagrada facultad de admirar, que hace la superioridad de los hombres y de los pueblos. Paradojalmente igualitaria, en vez de nivelar en las cimas, quiso nivelar en el llano, derribando toda superioridad individual y haciendo al mismo tiempo

imposible toda superioridad colectiva. Lejos de la vivificante emulación con los otros pueblos, asomó desde los orígenes la sorda pugna entre los propios componentes, empeñados, no ya en superarse, sino en abolir toda jerarquía.

Cuando Bolívar escribía en 1830: «Nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones y últimamente he deplorado la que hemos hecho contra los españoles», sintetizaba quizá en una frase su calvario. Pocos hombres fueron azotados por el odio, la intriga y la calumnia como él. Desde la traición, hasta la befa, tuvo que soportarlo todo con los ojos fijos en la obra que había emprendido. Y su mayor dolor fué ver que el resultado no correspondía al esfuerzo. «No espero salud para la patria, decía en una carta; este sentimiento, o más bien esta convicción íntima, ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. Yo creo todo perdido para siempre y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer, y que este sacrificio fuese el de mi vida, o el de mi felicidad, o el de mi honor, créame usted, no titubearía. Pero estoy convencido de que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me niego a mandarlo. Hay más aún; los tiranos de mi país, me lo han quitado, y yo estoy proscrito; así ya no tengo patria a la cual hacer el sacrificio.»

En sociedades indisciplinadas y bravías tiene siempre ventaja el mal sobre las virtudes, no porque la índole nacional se halle inclinada a favorecer la injusticia sino porque el instinto descontentadizo y opositor adopta y corea de buena fe cuanto puede perjudicar a un tercero. Desprovistas de la serenidad y el discernimiento necesario para desenredar intrigas, burlar confabulaciones y reducir la envidia o la venganza a su radio pequeño y especial, nuestras democracias cayeron en el delirio demoleedor. Las acusaciones de traición, dictadura y prevaricación, sin contar los ataques directos al hombre, hallaron siempre una masa ávida de secundar y repetir. Así se creó el ambiente que hizo posible, con el revolucionarismo enfermizo, el triunfo de los menos aptos; y así se ahogaron las esperanzas de los que determinaron la insurrección.

Como argentino, no he encontrado nunca una razón para atender mi admiración por Bolívar. Creo que el caudillo de Nueva Granada y el del Río de la Plata se completan, si abarcamos el conjunto de la vasta acción que consiguieron desarrollar. No hay choque entre ellos, ni en los ideales, ni en la realización. Pudieron hacerse la guerra, y sin embargo sobrepusieron a su amor propio el bien general. Cuando se encuentran en Guayaquil, no es para discutir primacías, sino para considerar el porvenir de América. Al tratar de que uno resulte superior al otro, algunos comentaristas los han disminuído a los dos, porque en el espíritu de nuestra historia concurren a una sola tendencia y son brazos